

La biblioteca de Kakania

Emilio Pascual*

EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS

PRIMERA EDICIÓN: 1930-1932



ROBERT MUSIL (1880-1942)

En un lugar del imperio austro-húngaro, quizá no lejos de Viena, incluyéndola tal vez, se hallaba Kakania, «aquella nación incomprensible y ya desaparecida», entre cuyos distinguidos habitantes cabe mencionar a Ulrich, «el hombre sin atributos»; Arnheim, a quien Leo Fischel llamaba el «filósofo financiero», y el general Stumm, disonante visitador de la biblioteca. «Si a pesar de todo lo que se diga en contra, Kakania era quizá un país de genios, y probablemente fue ésta la causa de su ruina».

No faltaban estirpes que «consideraban a Kakania como una prisión». Cárcel o no, en uno de los lados de la plaza cerraba la biblioteca, a la que se accedía por una escalinata de piedra. Era una plaza empedrada, cuyos adoquines habían permitido el paso de la hierba entre sus junturas. De forma rectangular, semejaba «a una artesa, cuyos lados estaban limitados, tres de ellos, por majestuosas fachadas estilo antiguo, y el cuarto por un palacio alargado y bajo». Alguien más amueblaba la plaza. Un hombre mudo tomaba el sol o la lluvia, según las circunstancias: era de bronce y se alzaba sobre un gran pedestal de piedra.

Manicomio de libros

Una curiosa asamblea, donde se perfiló la no menos curiosa Acción Paralela

—«empresa patriótica» que no vamos a describir aquí, aunque pretendía ser «una prodigiosa oportunidad y responsabilidad para personas de espíritu»— puso en relación asimétrica a estos tres personajes. De Ulrich —cuyo apellido nos fue hurtado «por deferencia a su padre»— sabemos que tenía «unos ojos con los que miraba como a través de una ventana»; el doctor Paul Arnheim pertenecía a la tercera generación de un fabricante de armas, y sus obras completas ocupaban varios volúmenes: no dejaba de causar sensación «que un hombre de tantas ideas tuviera también tanto dinero», o «cómo llegó a escribir tanto, sin obligárselo la necesidad»;¹ y, en fin, el general Stumm von Bordwerh ocupaba un cargo importante en el Ministerio de la Guerra.

«Pequeño y redondo», con su «uniforme color nomeolvides», el general Stumm pensaba que «si el Redentor volviera otra vez a la tierra, los hombres se desharían de su gobierno lo mismo que de cualquier otro». A su juicio, este y otros acontecimientos turbadores de la época, se debían al «exceso de libros y de artículos escritos por la gente de entonces». Y añadía: «Ahora se ve lo razonable que es el reglamento militar al prohibir a los oficiales la publicación de libros sin autorización especial de sus superiores». Una vez se guardó las gafas en el lugar destinado al revólver. Con todo, enfrentado ante la bibliografía sin



horizonte visible del doctor Arnheim, decidió visitar la biblioteca: «uno de los principios básicos del arte de la guerra es enterarse concienzudamente de la fuerza del adversario».

En vísperas de nuestra entrada definitiva a la biblioteca de Babel, que acaso sea otra manifestación de la casa de Asterión, tuve la fortuna o el desasosiego de entrar en la biblioteca de Kakania, conducido por el general Stumm.

El general Stumm von Bordwerh penetró «en las líneas enemigas» guiado por un bibliotecario, y pasó revista a aquel «colosal tesoro de libros», sin sentirse más impresionado que ante un desfile militar. La revista se prolongaba, e hizo una pregunta al bibliotecario... Pero dejemos la palabra al general:

«¿Y qué crees que me respondió el

bibliotecario cuando aquel paseo empezó a hacerme eterno y le pregunté por el total de los volúmenes contenidos en la condenada biblioteca? “¡Tres millones y medio!”, me contestó. Al decírmelo, estábamos a la altura del libro número setecientos mil; desde entonces no paré de hacer cálculos». De vuelta al Ministerio, tomó papel y lápiz, y sus cálculos le llevaron a la conclusión de que, a razón de un libro diario, tardaría casi diez mil años en leerse la biblioteca.

En persecución de «la idea más hermosa del mundo», el bibliotecario lo condujo hasta la sala de los catálogos, «no obstante estar prohibido y reservado a los bibliotecarios». Ninguna palabra podría sustituir a la elocuencia del general:

«Entré, pues, en el sanctasanctórum de la biblioteca. Te aseguro que tuve la impresión de penetrar en el interior de un cráneo. Toda la nave estaba emparejada con estanterías y sus correspondientes anaqueles; en todas partes aparecían escaleras para subir hasta los libros más altos, y catálogos y bibliografías cubrían los pupitres y las mesas; en suma: la quintaesencia del saber y, sin embargo, ningún libro decente para leer; nada más que libros sobre libros; olía también a fósforo cerebral... Cuando el hombre quiso dejarme solo, le cogí de la chaqueta a tiempo y le retuve junto a mí: “Señor bibliotecario —exclamé—, no se vaya sin revelarme el secreto de que usted se sirve para desenvolverse en este... manicomio de libros”; se me escapó la palabra, pero tampoco era distinta la impresión que me había causado. [...] Como yo no le dejaba libre, se cuadró repentinamente ante mí, y acentuando con gravedad cada palabra que seguidamente me dirigió, se pudo deducir de aquella entonación que iba a revelar el secreto de tales muros: “Señor general —dijo—, ¿desea saber cómo me las arreglo para conocer todos los libros? Se lo puedo comunicar ahora mismo: ¡no leyendo ninguno!”».

¡Ninguno! El general no mencionó ninguno de los libros a los que había pasado revista. Sólo recordó que un viejo dependiente de la biblioteca, que había estado observándolos, le recomendó leer a Kant. No es improbable que hubiera algún ejemplar del libro del padre de Ulrich, *La doctrina de la responsabilidad moral según Samuel Pufendorf y la jurisprudencia moderna*, obra que alcanzó doce ediciones, que sepamos.²

«Por qué no escribe usted un libro sobre sus ideas», le preguntó a Ulrich en cierta ocasión la hija de Leo Fischel. A lo que Ulrich respondió: «¿Pero cómo quiere que yo escriba un libro? A mí me parió mi madre, y no un tintero».

¿Cinismo o escepticismo? Un día Arnheim³ se encontró ante la biblioteca con el general Stumm, y tras haber elogiado su familiaridad con el recinto, le endilgó este discurso: «Hoy día casi no hay más que escritores; lectores apenas quedan. Se ha preguntado alguna vez, señor general, cuántos libros se imprimen cada año? Si mal no recuerdo, me

Las
fotocopias
no
autorizadas
de libros
y revistas
son un
delito.

4
CEDRO
Centro Español de Derechos Reprográficos



Kant.

parecen que pasan de cien los publicados diariamente sólo en Alemania. Y más de mil revistas se fundan al año. Todo el mundo escribe; cada uno se sirve a su antojo de los pensamientos como si fueran suyos; nadie piensa en la responsabilidad del conjunto».

El general Stumm von Bordwerh, que en algún momento se sintió «bastante harto del mundo civil», tras la visita a la biblioteca de Kakania «había descubierto que los bedeles de las bibliotecas eran los únicos hombres con una visión firme del estado civil. Había comprendido la paradoja del exceso de orden, cuyo perfeccionamiento tendría que suponer inevitable-

mente inactividad... De una manera o de otra, el orden se transforma en necesidad de matar». No sabemos si en la biblioteca había abierto un ejemplar del *Epitoma rei militaris* de Vegetio, aunque su cita del *si vis pacem para bellum*⁴ fuera anterior a su entrada en la biblioteca; tampoco sabemos si entre aquellas estanterías había adquirido «la convicción de que la guerra no es más que una continuación de la paz con medios más violentos, un orden enérgicamente vigilado, sin el cual el mundo no puede subsistir». ¡Oh verdad siempre antigua y siempre nueva! ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. El doctor Arnheim era un personaje tan singular y contradictorio como su siglo. Hombre de «vasta memoria», humanista integral, lo mismo fabricaba cañones y planchas de blindaje, que recitaba un pasaje del prólogo suprimido de *Los bandidos* de Schiller, o andaba siempre hablando del alma y exhibiendo sus inclinaciones «espirituales». «Quien no ame el sentimiento —decía—, la moral, la religión, la música, la poesía, la urbanidad, la caballerosidad, la franqueza, la sinceridad, la tolerancia..., no llegará nunca a ser un comerciante de gran categoría». Entre los temas de su copiosa bibliografía figuraban «las progresiones algebraicas, los anillos de benzol, el materialismo histórico y el universalismo, los puentes y sus soportes, la evolución de la música, el espíritu automovilístico, el 606, la teoría de la relatividad, la atomística de Bohr, la soldadura autógena, la flora del Himalaya, el psicoanálisis, la psicología individual, experimental y fisiológica, la psicología social y otros muchos adelantos que dificultan a una época enriquecida por ellos la producción de hombres enteros, buenos y normales». Como hubiera dicho Juan de Mairena, «átenme esa mosca por el rabo».
2. Aunque es lícito deducir que nunca la inspiración literaria de Su Excelencia el Consejero Privado Titular brilló a tanta altura como en su último escrito. Fue éste el telegrama en que, con un rasgo de genio digno del estudiante de Salamanca, anunciaba a su hijo Ulrich su propia defunción: «Te notifico que acabo de fallecer. Tu padre».
3. Aquel día había sacado de la biblioteca un volumen encuadernado en piel de cerdo, «el valioso facsímil de un códice que no estaba permitido sacar fuera de la biblioteca, ni siquiera a un mortal tan extraordinario como él».
4. En realidad la cita del *Compendio de técnica militar* de Vegetio decía: *Qui desiderat pacem, praeparet bellum*: «Quien desee la paz, que prepare la guerra» (III, pról.). Es el sino de toda cita universalmente repetida.